



Nacemos sin vida

Jorhan Chaverri Hernández

No somos milagro,
sino consecuencia de un prototipo,
el residuo indeseado
de violación, falla humana
o un fraude divino.

Donde se nos abre el aliento
con clave, estereotipos,
halado por creencias cuestionadas
en letras que olvidaron el tiempo.

O quizá un regalo,
propiedad pública o privada,
testamento dudoso,
sangre tibia
para el frío que no calza
una pareja que deambula
entre vacíos.

Y al nacer desnudos
se nos financia el albedrío,
patrocinio capital
en una placenta eterna,
esa sociedad
que discrimina billeteras.

La niñez está prendada al futuro,
los juegos se condicionan
por una madrugada en libros
y letras mudas que apagan su fuego.

La adolescencia
corre de la voz infante
de permisos

y se esconde de responsabilidades
que amarran las muñecas
y amputan los sueños.

Los adultos, desesperados,
pagan gastos sin consumo
a costilla de su cuerpo;
la moneda: sus vidas,
mano de obra,
respuestas al mercado,
competencia sombría
de ingresos.

La vejez, escondida,
se pinta dorada,
no por la historia
que se abultada en su silencio,
sino por la reliquia de su calendario.

Niños queriendo ser adultos
para gastar sus dientes de leche,
adolescentes perdidos
en el ayer nunca encontrado
o el mañana jamás vivido,
y adultos jugando
con arrugas a las escondidas.

En el viaje por este mundo,
adornamos con "checks"
una lista atada a las pestañas,
compromiso arreglado,
cortándole el cabello al aire,
perdiendo el verde de los sentidos
y desdibujando nubes en la mirada.



Hasta convertirnos en ellos,
esos caminantes con vacíos descalzos
y monedas en el bolsillo.

Pero, con suerte y tres estornudos,
se puede alcanzar un respiro
justo al borde del punto
que termina esa frase de sangre.
Encontramos un recreo
cuando timbran campanas
en la espalda
y caminan ruedas en los pasos.

¿Cuándo vivimos
sin preocuparnos por la vida?
Solo cuando la "vida"
no se preocupa por lo que vivimos.